

Homilía del Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

Iglesia Catedral de Buenos Aires

Domingo 2 de abril de 2023

Lecturas:

Isaías 50, 4-7;

S.R. 21;

Filipenses 2, 6-11;

Mateo 27, 1-2.11-54.

Se acercaba la Pascua de los judíos y los que llegaban a Jerusalén para celebrar los ritos «buscaban a Jesús y se decían unos a otros en el Templo: “¿Qué les parece, vendrá a la fiesta o no?”» (Jn 11,56). Mientras tanto el sumo sacerdote, el consejo de los ancianos y los que se creían dueños y celosos custodios de la religión y el culto esperaban la oportunidad para dar muerte a Jesús, pero no lo querían hacer durante las fiestas por temor al pueblo humilde, que se asombraba por sus signos y milagros, y veían en ellos el cumplimiento de lo anunciado por los profetas. Cuando Jesús entró con sus discípulos a la Ciudad Santa, la gente empezó a vivarlo con unas aclamaciones que los salmos referían al Mesías esperado por siglos: «¡Hosana al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosana en las alturas!» (Salmos 118, 25- 26 y 148, 1).

En su ingreso a Jerusalén, Jesús es aclamado como rey, como el hijo de David en su esplendor; pero su apariencia no es la de un rey poderoso seguido de su corte y custodiado por su ejército, sino que se presenta como lo había anunciado el profeta Zacarías: «¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno, sobre la cría de un asna» (cf. Zac 9,9). No es, por tanto,

un rey prepotente que hace alarde de su autoridad; sino un rey manso, humilde, pacífico y pacificador. El pueblo vivió un día de gloria y alegría, y a los que preguntaban quién era al que recibían, le decían: «Este es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea» (Mt 21, 11). Lo aclaman como al Hijo de David, pensando que venía a liberar a Israel como un revolucionario, y eso demuestra que no lo conocían, porque conforme pasaron los días, los Evangelios dan cuenta del rechazo y el abandono de los mismos que lo vitoreaban, hasta el punto de preferir la libertad de un asesino a su persona.

Que no nos escandalice la actitud de sus





a los pecadores? (Cfr. Mt 9,13). Él estaba pensando en cada uno de nosotros y toleró toda infamia y mentira para que se cumpla la voluntad de quien lo envió. Este Mesías salvador que se distingue por su mansedumbre, entra en una ciudad de muerte para darle vida en abundancia;

contemporáneos, porque siempre está latente en nosotros la condición humana y ese cambio de actitudes: cuando nuestro modo de obrar se aparta de su Evangelio para acomodarnos a los criterios de este mundo, cuando lo hacemos funcional a nuestros intereses y no le dedicamos un tiempo para conocerlo, para intimar con quien nos llamó «amigos» y ha dado la vida por cada uno de nosotros.

En muchas ocasiones intentaron prenderlo para darle muerte, pero Él supo evadirse, porque no había llegado su hora. Ahora es Él mismo que se entrega para cumplir la misión que su Padre le encomendó y sabe que vendrán días violentos, en los que se descargará sobre Él toda injusticia y violencia. Pero su divino amor lo dispone a padecer y es consciente que deben cumplirse las profecías que anunciaban su pasión, como aquella de Isaías: «Ofrecí mi espalda a los que golpeaban y mis mejillas, a los que me arrancaban la barba; no retiré mi rostro cuando me ultrajaban y escupían» (50,6). Nos preguntamos en qué pensaba el Señor cuando «al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca» (Is 53,7). ¿Acaso no ha dicho que vino a llamar

es su modo de obrar, capaz de dar luz a nuestras obras muertas. También nosotros deseamos que entre en nuestra ciudad, en los barrios de Buenos Aires, en nuestras casas, pero sobre todo en nuestro corazón y nos haga capaces de amarnos como Él nos ama.

Los ramos de olivo que hoy bendecimos y solemos poner junto a la Cruz en nuestros hogares, nos recuerdan el reino de paz que inauguró Cristo con su muerte y resurrección. Él nos enseñó que a ese reino pertenecen los hijos de Dios que trabajan por la paz (Mt 5, 9). La paz es madre del amor, y donde ella ocupa su lugar de privilegio todo se ordena para el bien.

«Señor, tú que nos diste la inmensa dignidad de ser tus hijos, no dejes que el pecado y que la muerte destruyan en el hombre el ser divino.

Señor, tú que salvaste al hombre de caer en el vacío, recreémos de nuevo en tu Palabra y llámanos de nuevo al paraíso.

Oh Padre, tú que enviaste al mundo de los hombres a tu Hijo, no dejes que se apague en nuestras almas la luz esplendorosa de tu Espíritu. Amén».

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**